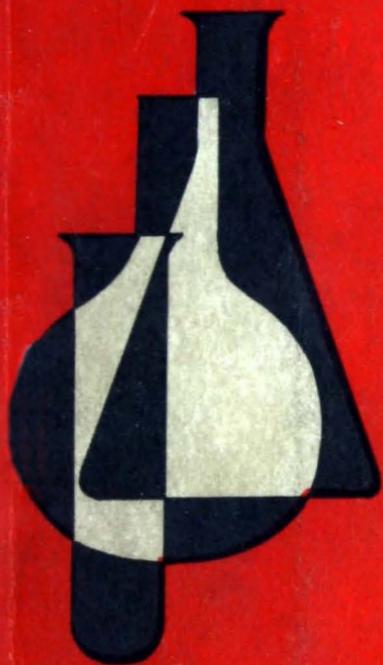


Armando Méndez Corroscó



Ordene, Mi Teniente!



*¡ORDENE, MI TENIENTE!* complementa sólo en algunos escalones el sentido social del tomo titulado "Chicago Chico".

*¡Ordene, mi Teniente!* facilita su lectura con el conocimiento de "Chicago Chico", pues muchos de sus personajes siguen existiendo en este nuevo libro. Indudablemente que la novela puede leerse también sin necesidad de la obra citada.

En la presente narración subsisten —en tono menor— los mismos problemas del submundo y de clase media descritos en "Chicago Chico", incluyéndose pasajes que atañen en forma directa a ciertos elementos de Carabineros de Chile.

La COA y jerga "carabinerística", inevitables en los escenarios pintados, se aclaran con un glosario anotado al final de estas páginas.

Y a hora, adelante con *¡ORDENE, MI TENIENTE!*

Juan Firula, editor.

**¡ORDENE,  
MI TENIENTE!**

1.234  
025-111

**¡ORDENE,  
MI TENIENTE!**  
(2.a EDICION)

**NOVELA**

**ARMANDO MENDEZ CARRASCO**

2a. Edición: 18 Junio 1965

Inscripción N° 30.094  
Derechos reservados para  
todos los países.

SANTIAGO DE CHILE

1965

## “LO TORCIDO NO SE PUEDE ENDEREZAR”

*Esta obra, contrariamente a lo que podría imaginarse, no es un ataque a una institución, sino una reseña verídica sobre ciertos asuntos que atañen a diferentes conglomerados humanos. Está comprobado, mediante fundamentos inamovibles, que la composición del hombre no es buena.*

*El niño, por ejemplo, ente aparentemente sin manchas, no podría cometer delito; sin embargo lo hace a menudo. No citaré casos. Existen por miles.*

*Si el hombre se pierde, por entrar en órbita desviada, se debe a fuerza de voluntad y personalidad no hallada. Sería conveniente estimar que el ancestro de cada cual contiene taras y virtudes.*

*Soy un convencido, como se ha dicho tantas veces, que todas las religiones poseen un fondo moral; que todas las instituciones tienen un fin noble de existencia, mas el elemento humano pasado, presente y probablemente futuro no ha llegado aún a un estado de perfección mediana. Es un razonamiento pesimista, pero lógico. No deseo excluirme.*

*Anhelo en esta exposición dejar constancia que al desarrollar mi obra no me anima un afán de rebeldía o venganza; simplemente pinto seres humanos cómo fueron vistos por un hombre observador, justa o injustamente azotado por su medio. El escritor social, de todo modo, debe ser absolutamente verídico; de no serlo atropellaría antiguas disciplinas que pertenecen a la química del pensamiento puro. Por mi parte, no me lo perdonaría.*

*Un hecho de que jamás al hombre se le podrá dar en el gusto se halla en el título que reza: “De lo que aconteció a un hombre bueno con su hijo”.*

Caminando un poco más lejos (y con ello ratifico cuán fácil es enredarse) el epígrafe de esta obra anota textualmente: "Es el sitio de que hice ya advertencia, donde verás las gentes dolorosas que perdieron el don de inteligencia". El criterio común y muy lógico desde luego podría determinar que los dardos vayan dirigidos a Carabineros de Chile; en otras palabras el "don de perder la inteligencia", según no pocos estudiosos del vate florentino, se circunscribiría a perder el privilegio de perder a Dios. ¿Por qué no pensar que Dante pudo referirse a los alucinados? La novela constituye un problema ambiental de tipo general. Carabineros de Chile, como institución, no entra en este pensamiento; algunos hombres de su Cuerpo sí. Sé, concretamente, que "Los hombres no son hombres completos, las mujeres no son todavía mujeres, todos son seres a medio realizar; incoherentes, en partes horribles, en parte patéticos y buenos". Es un axioma tan primario como decir "toda cantidad se puede reemplazar por otra igual".

En las páginas de ¡ORDENE, MI TENIENTE! bailan bellacos y ángeles; uniformados buenos y otros escudados tras una casaca policial, civiles bestializados, mujeres en apariencia virginales y prostitutas a la hechura de María Magdalena, almas jóvenes que caminan hacia el despeñadero...

Ridículos, cursis y presuntuosos de última hora se darán por aludidos sobre estas verdades; otros sencillamente, callarán para salvar sus caídas. No pocos están aquí pintados con su auténtico nombre, terceros tienen apellidos desvirtuados que he olvidado colocar como corresponde por ser demasiado baja su maldad o demasiada alta su dignidad. Para unos y otros la novela tendrá una respuesta...

“¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará; y nada hay nuevo debajo del sol”.

La vida es un continuo repetir de noticias. La grosería es un plato del día en todos los lugares, y quien lo niegue comete la aberración de rayarse la frente con la sigla hipocresía. ¿No es suficiente? No obstante, habría que recordar otros sucesos más dolorosos para entender que nuestra evolución es exasperante en cuanto a lentitud. ¿Qué nos dice la vida de Sócrates? Diógenes, el cínico, se paseaba por las calles de Atenas a la luz del sol con una antorcha encendida, buscando un hombre. Plauto se retrata a si mismo al descubrir que “el hombre es un lobo para el hombre”; el poeta latino Marco Terencio Varrón se posesiona, con fe, que “nada de cuánto es humano le es extraño”. Asesinamos a Jesucristo; el apóstol San Pedro niega tres veces al Hijo de Dios y Judas Iscariote le vende por algunas monedas. En el Mercado Viejo de Ruán quemamos viva a la Doncella de Orleans; Shakespeare se despedaza, demostrando la maldad del hombre; el “genio” nefasto de Catalina de Médecis inspira la Matanza de San Bartolomé; Galileo debe mentir para salvar, momentáneamente, una materia animada por un espíritu selecto. Y volviendo más atrás, ¿qué hizo Nerón con los cristianos? Y saltándonos algunos siglos, ¿cómo se vengaron, en nombre de Dios, los españoles del pueblo araucano? ¿Y la Coruña? ¿ San Gregoro? ¿ Ranquíl? ¿Y la feroz masacre del Seguro Obrero de calle Morandé y Moneda, cuyo edificio pende como un “yo acuso” sobre nuestras conciencias? ¡Sangre y horror sobre la cabeza de nosotros

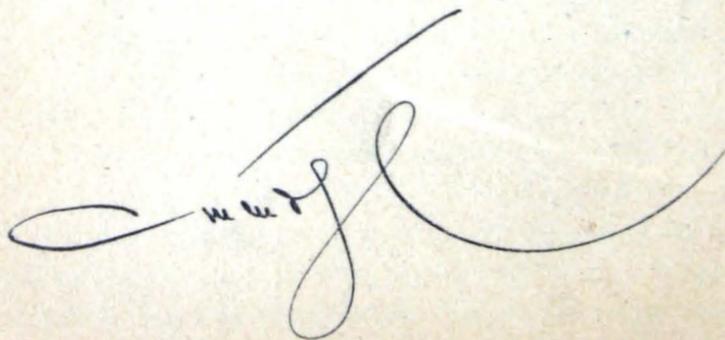
Algunos aduladores de oficio, cazadores de la fama corrosiva al modelo de Calígula, los Borgia y Maquiavelo, dirán que el pueblo no es así cuando lean las páginas de

*¡ORDENE, MI TENIENTE! ¿Literatura? Se puede pedir obra de arte cuando no ha sido extirpada de la cabeza del animal-humano la ponzona? ¿Y el submundo que se toca en estas páginas?*

*Esta obra se puede enfocar —para bien o para mal— de múltiples maneras. Se subentiende que esta autopresentación —y lo saben quienes me conocen— que no ha escrito por temor, sino por un deseo vehemente de explicar —aunque muchas personas no la requieran— que todavía estamos en los pasos iniciales.*

*Sin vanidad y con franqueza de hombre, reconozco que esta y otras novelas son frutos de “sucias experiencias”; no me importa ser apuntado con el dedo, porque siempre estuve en la encrucijada; como no me afectan las reacciones temperamentales de los lectores superficiales. No me afecta la doble intención; admiro a mis detractores, puesto que por el capítulo del desprestigio, he obtenido ser admirado. Mi obra está escrita para el pueblo, y el pueblo necesita de mucho calor, calor que no se halla en los volúmenes empastados en oro de 18 kilates.*

*Armando Méndez Carrasco*

A large, stylized handwritten signature in black ink, appearing to read 'Armando Méndez Carrasco'. The signature is highly decorative with long, sweeping flourishes and loops.

---

**La partida prematura del carabinero Hugo Mendoza Gaete, del Escuadrón de Ametralladoras de la Escuela de Carabineros —hecho inadvertido para muchas personas— inspiró mi vida por un camino desconocido y fascinante.**

**A la memoria de él van estas páginas.**

**A. M. C.**

---

“Es el sitio de que hice ya advertencia, donde verás las gentes dolorosas que perdieron el don de inteligencia’.

DANTE

## UNO

A veces, en mis horas de meditación, reconstruyo esos lejanos días. ¿Cómo pudo suceder? Reconozco que he sido un anormal. Me conformo. ¿Hay algún ser que no posea una pequeña dosis de anormalidad? ¿Puede una persona vivir eternamente sobre un camino de asfalto? ¿No tiene piedrecillas éste? Estoy en alguna parte; siento alguien a mi

lado; es una tranquilidad, mas ello no significa que exista el paraíso. Nada puedo hacer por sosegar me; se que cierta mano bajará mis párpados y entonces ni la última nota tendrá ya razón de ser.

\* . \*

\*

De pronto, me vi disfrazado de carabinero: gorra de campaña, mal confeccionada, visera larga; corbatín semi-almidonado; blusa cerrada, ceñida; pantalones englobados; polainas negras, raspadas, con hebillas de bronce, mohosas, correas deterioradas; bototos contrahechos, con tolondrones inferiores, traspasados por cierto olor. Todo este uniforme ha sido ya usado por otra carabinero, algún individuo un poco descuidado, pues numerosas manchas de aceite y grasa cáptanse por todos los contornos, incluso en las bocamangas. ¿Qué será de él? ¿Servirá en una comisaría norteña o austral? ¿No caminará en este instante por las planicies áridas de Huara? ¿Habrá muerto? ¿Tendrá hijos? ¿Aspiraciones? Yo siento, a través de mi uniforme actual, algo de él; pero no puedo explicármelo. ¿Saldré adelante?

En la mañana, minutos después de la diana, el cabo Torres, reseco de cutis y fiero carácter, me requirió por mi nombre. Me cuadré lo mejor que pude. Deseaba aparentar humildad, disciplina.

—¡Ordene, mi cabo!

—¿Qué le pasa, conscripto Escudero? ¡Ud. no parece carabinero ni con uniforme! A ver, ¡manos abajo, rígidas,

levante pecho, yerga la cabeza, la punta de los zapatos levemente abiertas! ¿Entendido?

—Si, mi cabo!

No me dijo otra cosa y me fui a reunir con mis compañeros. Sudaba.

Era un curso de cincuenta reclutas; gente provinciana, sencilla. El curso partía de militantes de mediana estatura, como el caso de Miguel Aguayo Opazo y el mío; más allá la fila se extendía en un metro y ochenta centímetros, o sea el grupo constituido por Alfredo Sagredo Henríquez, Montano, Espíndola, Taborga, Montes, Castillo, Olivares, Santelices y otros.

En principio no me daba cuenta cómo había sucedido todo eso. Me parecía un simple sueño; actuaba como dopado. Aún me hacía preguntas elementales: ¿Serviría para carabiniero?

“Lógico, pus huevón tonto”.

Me alegraba una cosa: Muleta cumplió; habló con Pomarropia; éste expuso el problema a La Carlota, la dueña le pidió el servicio a la Chinchosa, y la hermosa prostituta le abrió las piernas al teniente Quezada. De ahí adelante no hubo obstáculos de ninguna naturaleza. La credencial del oficial de Carabineros era carta blanca.

En la Escuela de Carabineros sólo vi sonrisas. Los ajetreos menores, que tampoco lo fueron, corrieron también de cargo de Muleta; éste se afaná por pedir el certificado de nacimiento, de estudios, certificado de antecedentes sin anotaciones extras, ficha dactiloscópica, de inscripción electoral, declaración jurada, recomendaciones; me acompañó a los innumerables exámenes médicos al Policlínico de

Carabineros, organismo que funcionaba en las dependencias de la 2ª Comisaría, ubicada en Plaza San Isidro; me hizo tomar tres fotografías tamaño carnet. Finalmente, con siguióse una carta política que obtuvo por las amistades que había logrado conquistar, en última fecha, el glorioso y siempre risueño Cachetón Pelota.

—No olvidaré este servicio, Muleta!

Los entretelones sobre mi ingreso a Carabineros no se detendrían ahí. Comprendí que el salto había sido muy precipitado; sin embargo, estaba dispuesto a resistirlo, aunque fuese difícil.

A veces, de muy adentro, me sacudía una voz:

“Es una buena ocupación. Nadie podrá perseguirte. ¿No es una ventaja?”

No sé, a la fecha, qué se discutía en el “Salón Olimpia” En verdad, que la **cáfila hampona** —principalmente Pomarropia y Muleta— habían cooperado en el asunto; llegado el caso, habría que aceptar, sumisamente, las bromas ilimitadas de mis alegres amigos. ¿Qué más daba?

Entretanto, el Curso había sido notificado que no vería luz de la calle durante quince días. “¿Quince días?” Recordaba a mi madre enferma, a Pilucho. Pecosa ya no rezaba en mi vida; a ratos sólo venía a golpearme la imagen de Ninoya y entonces un ligero escalofríos recorría mis espaldas. ¿Cómo superar todo aquello?

Pasó un oficial; era seco como roble; estábamos en el Patio de Los Naranjos, descansando detrás de los picaderos. Alguien gritó:

¡Alto!

Nos pusimos de pie. ¿Sería siempre así?

Ninoya tenía una gracia: quería a mi madre; podría ser una excelente mamá para Pilucho. ¿Tendría derecho a exigirle tanto? Era limpia y hacendosa. Volví, en pensamientos, a tomarle cariño.

Y seguía en mis razonamientos: convulsionado por el nido hogareño, por la Escuela de Carabineros, por la noche amplia.

Ninoya; si, Ninoya. Con mi nuevo sueldo, incluso, le haría olvidar esas angustiosas horas de prostitución callejera. Además, y eso me tranquilizaba, tenía algún parecido físico con Pecosá, siendo aquélla un poco más esbelta. De-seaba, de todo corazón, enterrar a Pecosá, desentenderme de ella; pero la veía a cada instante, con su madre, sola, en los tugurios **mapochinos**, riéndose, empinando una copa de vino, saboreando cervezas, licores, acariciada por desconocidos. ¿No estaba sin riendas? ¿Por qué había olvidado a su hijo Pilucho?

La voz del cabo Torres me sacó de mi abstracción. Nos hicieron formar.

—¡Numerarse!

Luego el cabo Torres se paró enfrente del Curso; detrás de él había un primero; dos fajas doradas en las mangas indicaban su grado.

—¡Cincuenta alumnos, mi primero! ¡No falta nadie!

—Bien, cabo.

Caminó serenamente el primero Romeral hacia la fila; se detuvo; se cuadró a la usanza militar. A la retaguardia de la formación pasó un oficial; se oía la música de sus espolines. El primero Romeral se notó molesto; pero actuó.

—¡Media vuel...!

El primero corrió a cuadrarse ante el oficial.

—Curso de Carabineros Sin Servicio Militar, mi teniente!

—Continuar!

—¡A su orden, mi teniente!

—¡Curso, media vuel...!

Otra vez el primero Romeral tomó posición primitiva. El cabo Torres hallábase medio metro más atrás; lado izquierdo. Advertíase durísimo de rostro, contraído el cejo, seco de carnes, tieso, sin mover jamás la cabeza. Habló el primero Romeral.

—Hoy y mañana haremos aseo de patios y de caballadas. Pasado mañana se recibirá del Curso el teniente señor Rojas; también lo revistará el Comandante del Escuadrón, capitán señor Erasmo Morgado. Ese mismo día iniciaremos la Instrucción a Pie. ¿Entendido?

Voz general:

—¡A su orden, mi primero!

—¡Cabo Torres, lleve el Curso a las caballadas!

Me iba aclimatando. No presentía, eso sí, qué acontecería más adelante. ¿Qué importaba? ¿No me estaba regenerando?

En la fila, yo quedaba entre Elgueta y un tal Quilice. Este último tenía rasgos físicos que se confundía con los míos. Yo le hallaba distinto, en todo sentido, pero mis compañeros de Curso comentaban esa similitud material. Aquellos, no sé explicar por qué, me puso incómodo. ¿Quién sería ese Quilice? Nada sabía de la composición del Curso. Todos parecían gente de campo; les había visto llegar con tacos altos, con pantalones ajustados, con chaquetas de hua-

so, cortísimas, plagadas de botones de concha y perla; algunos venían con mantas multicolores, otros con ponchos y chamantos; determinados usaban chambergos descomunales. Con excepción mía, sólo dos alumnos vestían a la manera santiaguina: Taborga y Espíndola.

Una tarde que estábamos concentrados en el aseo de patios (éste se hacía con grandes ramas de pino) fui requerido por la Oficina de Partes don urgencia. ¿Habrían descubierto algún pastel del pasado? Me descontrolé. Me encontré delante de un hombre relativamente joven, un tanto descuidado, de civil, que absorbía sin intermitencias sus narices; tenía fuerte tufo de vino y cebolla. Se llamaba Rubén Avaria. Me cuadré ante su persona en forma militar, con gran tacada. Me miró con ojos curiosos.

—¡Ordene, mi escribiente!

Supe tocarle la vanidad funcionaria; le agradó el trato de “mi escribiente”.

—¡Todos los casados tienen que traer hoy en la tarde a sus esposas para que firmen la Libreta de Enrolamiento y Antecedentes Personales. Además una fotografía, de ella tamaño carnet.

Vi a Pecosa negándose rotundamente a cumplir ese trámite legal.

—¿Y en el caso de que estuviese enferma, mi escribiente?

—¡En Carabineros no hay excusas, alumno Escudero!

—A su orden, señor Avaria.

Salí preocupado de la Oficina de Partes. Me presenté al cabo Torres. Este, previo consentimiento con el primero Romeral, me autorizó permiso por dos horas para cumplir

esa diligencia. La salida sería de civil, pues aún no repartían la tenida N<sup>o</sup> 1, de calle.

Cuando di media vuelta, dispuesto a obedecer su orden, el cabo Torres me llamó a su lado.

—¡Ordene, mi cabo!

—¡Mucho cuidado con ponerle!

—¡Yo no bebo, mi cabo!

—¡No me interrumpa!

—¡A su orden, mi cabo!

—¡Hay que ser matemático en la llegada; si faltas cuatro días, te acusan por desertión y te secan en la cárcel.

La justicia Militar es cosa seria! ¿Comprendido?

—Si, mi cabo!

Entendí, como en muchas otras actividades y misiones, que los dados estaban sobre la mesa. Había que ponerle el hombro, cerrar los ojos y tener paciencia.

Cuando llegué al pórtico de la Escuela de Carabineros, orlado de enredaderas, me tomaron el nombre; el motivo de mi salida quedó estampado en el Libro de Novedades de Guardia. Quedé, ahí, detenido por breves minutos. El Carabinero de Servicio —que no se entregaba a nadie— consultó por teléfono al Escuadrón sobre mi caso. Conseguido su objetivo, le dio cuenta a cabo de Guardia, y éste otorgó el consentimiento de rutina.

—¡Todo correcto, mi cabo!

El asunto era más complicado y serio de lo que habría podido imaginar. —

La calle libertaria me llenó los pulmones de alegría. ¡Qué empuje sentí en ese instante!

Recuerdo que un cobrador del tranvía de la línea Cate-

dral-Bilbao, proverbialmente de mal modo, me hizo correr hacia adelante con palabras poco amables. Entonces, quizá sin pensarlo, tuve mi primera actuación policial.

—Mire, cobrador, tenga la bondad de no molestar porque está hablando con un carabinero de la Escuela.

¿Me creyó? Se sonrió. Si me hubiese pedido que le mostrase la placa de servicio, como naturalmente pudo ocurrir, había quedado en ridículo, pues aún no repartían ese intransferible distintivo. No obstante, por primera vez en mi vida, experimentaba la sensación de seguridad personal. ¿No era carabinero?

“Sí, gran chucheta”.

Los problemas se iniciaron cuando llegué a casa. Mi madre lavaba y mudaba de pie a cabeza a Pilucho; éste se había cagado hasta los talones. Pecosa hacía muchos días que no visitaba a su hijo. ¿Qué determinación tomar?

—¡Tengo dos horas para ubicarla, madre!

—¡Es una mala mujer, una peor madre, hijo!

—Lo sé, madre; pero debo llegar con ella a la Escuela para cumplir ciertos requisitos legales y reglamentarios. Si no lo hago me tomarán entreojos; pueden darme de baja., ¿Ser carabinero no es chacota! El cabo Torres es feroz; el primero Romeral no entiende de explicaciones y el teniente Rojas, que aún no lo conozco, dicen que no admite apelación en ningún sentido.

Me paseaba de un lado a otro; sudaba; me tomaba la cabeza a dos manos; miraba hacia el patio; veía a mi madre afligida; a mi hijo sin reír; me faltaba oxígeno. No hallaba ninguna salida rápida, cuerda, recta.

—¡Humíllate, hijo, y le explicas! ¡A lo mejor reacciona!  
¡Hazlo por tu hijo!

Miré por segunda vez el mocoso; se notaba triste, desnutrido, sin ánimo.

“¿Humíllarme?”

—¡Lo haré por mi hijo, madre! Es un paso vergonzoso.  
¡Debo hacerlo!

Me decidí. Pecosá vivía con su madre en calle San Francisco; número 245 o 247; era una cité estrecha, sin luz, sin árboles, funeraria.

Sacudí la manilla. Mi mujer abrió personalmente la puerta.

—¡Perdona, Pecosá; tenemos que hablar!

—Todo está hablado, Chicoco. Además, tengo viaje a Valparaíso con mi madre.

Se había pintado como payaso; lucía falda muy ajustada, se le cimbraban las asentaderas; el jersey ceñido hacía resaltar sus pechos. Su cabellera se notaba retenida por manchones platinados. Me espanté ¡Qué diferencia de la otra Pecosá! No la observé; tampoco la reté. Nada avanzaría.

—Hemos terminado, Chicoco.

Me dejó la puerta abierta de par en par; muy bien sabía yo que significaba eso.

“Con pacos no a misa”

—Pero Pecosá; es mi nueva carrera, mi ocupación; una una forma honrosa de ganarme la vida.

—¿De qué carrera me hablas?

La madre desde la pieza de la vecina exigía.

—¿Estás lista, hija? El expreso sale en una hora.

Me sentí vencido. Comprendí que nada obtenía con forcejear; que luchaba en un mar bravío, sin elementos apropiados.

—Bien, Pecosa; habría sido el último favor, y un último servicio no se le niega a nadie. En el Escuadrón de Aplicación sólo tenías que firmar unos papeles, llevar una fotografía; eso era todo; pero si te niegas, no te molestaré.

Salí mudo, silencioso, derrotado.

De lejos capté una discusión; madre e hija se enfrentaban.

—Nos iremos mañana, mamá. No puedo negarme; me lo ha pedido con humildad.

—Lo que pasa es que ese gallo te tiene babosa; juega contigo. ¡Schips! ¡Un simple paco!

—Es mi marido, mamá.

—¿Marido? ¿De qué me estas hablando? Tu marido no sirve ni para bidet.

No seguí oyendo; me sentía mal, mal de cuerpo, de espíritu, de todo.

Cuando regresé a casa de mi madre para contarle las noticias, sin mover sus labios lloraba; entendía mejor que yo lo que me había costado comprender a mí.

—No sé que hacer, madre.

—El Señor nunca alvida, hijo. ¡Arrodíllate y ora conmigo! Di cualquier cosa. ¡Tranquilízate! ¡Te habla tu madre!

Quizá por primera vez hice lo que me ordenaba mi madre; le pedí a Dios que Pecosa llegase por mí; durante esas palabras, un alivio enorme recorría mi cuerpo. Después mi madre me dio un abrazo. un gran abrazo; nunca sentí tan-

ta ternura. Su corazón latía sobre el mío; podía escucharse esa música tan distinta: no comparable a nada.

Minutos más tarde alguien golpeaba la puerta: era Pecosa.

Hizo una venia, mostró sus dientes, sonreía levemente; el mocosuelo, jugueteando en un rincón, bajó la cabeza; ella no se inclinó. No llevaba pintura en labios ni mejillas; habíase colocado una falda amplia, sin exageraciones; lucía pelo natural, como la conociera en los días vividos bajo la encina de Avenida Matta y Santa Rosa.

No cambiamos ninguna palabra. No correspondía. Se dejó conducir a la Escuela de Carabineros; trechos a pie; varias cuadras en tranvía. A ratos me miraba de reojo; notábase remota; tal vez sus pensamientos estaban en algún lugarejo del puerto o en la Aduana de Valparaíso.

Se presentaron aspectos desconocidos cuando llegué con ella a la puerta del plantel policial; un carabinero de vista nos acompañó hasta el segundo piso del Escuadrón de Aplicación.

—Le presento mi mujer, señor Avaria.

Pecosa permaneció a mi lado sin emitir sílaba, como sometida, dispuesta. El escribiente Avaria, alcohólico y mujeriego, la envolvió con su vista; ello no fue causal para que dejase sorber sus naricillas, para que lanzase un tufazo en el rostro de Pecosa. Esta torció la cabeza de mal modo.

No dijo nada.

El escribiente Avaria le tomó los datos personales, le pidió la Cédula de Identidad, hizo que firmase la Libreta de Enrolamiento y Antecedentes Personales, le pidió una

fotografía tamaño carnet. Luego volvió a mirar con hambre, poniéndole cara de idiota.

—¡Puede Ud. retirarse, señora!

Cuando caminábamos por el largo pasillo del Escuadrón de Aplicación, oí la voz vinosa del escribiente Avaria:

—¡Bonito culo tiene la tonta!

—¡Debe estrujar la diuca cuando tira!

Siempre las mismas expresiones; ya nada me asustaba; tampoco podía rebelarme. En las instituciones armadas el superior ganaba todos los partidos. Una acción heroica habría sido inútil, cursi, romántica. ¿No había perdido mi mujer desde hacía tantos meses?

En el trayecto hacia la salida, Pecosa me hizo algunas preguntas relacionadas con los edificios de color rojo que se erguían en el interior de la Escuela; no pude ilustrarla.

—No me he interiorizado de nada todavía, Pecosa. Quizá en tu próxima visita.

—¡No la habrá!

Enmudecí.

La dejé en el pórtico de la Escuela de Carabineros. Otra vez admiré las enredaderas circundantes; algunas de éstas flores, emitían fragancia. Un enorme eucalipto y un magnolio gigante abrazaban la entrada de la Escuela, dejando caer sus lloronas ramas hacia todos los contornos.

—No sabes cuánto te agradezco lo que has hecho por mi, Pecosa.

—¡Ojalá no me molestes más!

Esa fue nuestra despedida. Partí deshecho al interior; me había preparado para lo peor; pero me costó reaccionar. Me parecía un mundo llegar al Escuadrón de Aplica-

ción, abrir mi cajón personal y colocarme mi sucio y ajado uniforme de campaña. Después tendría que volar a presencia del cabo Torres y darle cuenta, en detalle, que la diligencia encomendada por el escribiente Avaria había sido cumplida en todas sus partes y al pie de la letra.

Me pesaban los pies. Estaba anocheciendo; oscuridad, oscuridad eterna sobre mi rostro. Tenía un dejo de amargura en mis labios; recordaba a mi madre enferma, a mi hijo semiabandonado; la actitud hosca de mi suegra y el comportamiento temperamental de Pecosa.

## DOS

La vida de cuartel se mostraba monótona, rutinaria; burda y pesada; sin embargo, estaba dispuesto a soportarlo todo con tal de salir airoso de la difícil prueba a que me había sometido voluntariamente; consideraba que si pedía mi baja aduciendo uno u otro motivo, jamás tendría éxito en ninguna otra empresa, pues lógicamente pesaría sobre

mi cabeza la idea de que Carabineros de Chile había dado con mi persona por el suelo.

“¡Eso nunca!”

Como aún estábamos en período invernal la diana era a las siete de la mañana, o sea, relativamente tarde. Mucho antes de esa hora, en la Cuadra A, empezaba, bajo sábanas, cierto movimiento oculto, clandestino, preconcebido. ¿Qué pasaba? Días más tarde descubrí el quid del asunto: numerosos carabineros-alumnos poníanse su uniforme debajo de la cama para ganar tiempo. La voz del cabo Torres y el acto de vestirse era un bombazo.

—¡Levantarse los flojos! ¡Ponerse verticales!

La primera noche que alojé en el cuartel, ignoraba qué me acontecería al día siguiente; tampoco indagué nada con nadie; pensaba batirme solo, sin deberle un centavo a ningún compañero de curso. Por ello, esa vez, al sacudirme la voz del cabo Torres descendí de mi catre a tierra (dormía en la segunda litera; la tercera casi tocaba el cielo raso; la Cuadra A. quedaba en el cuerpo izquierdo del edificio; por detrás podía observarse la puerta falsa de la Escuela; ahí siempre había apostado un carabinero de planta; movíase dentro de una caseta, con teléfono; vecino estaba el Regimiento de Telecomunicaciones del Ejército, sin asustarme, poniéndome los pantalones, blusa, bototos y polainas sin precipitación. Pero luego oí un gran tropel; salían los alumnos de la cuadra A.; quedó ésta vacía, en silencio; al levantar mi cabeza, vi un sable alemán apuntando sobre mí y las piernas entreabiertas del cabo Torres; tenía rostro de acero.

—¿Y tú?

—¡Me atrasé, mi cabo!

—¿Y por qué no te vestiste debajo de la cama como los otros?

—¡Qué no vuelva a ocurrir! ¡No deseo que te acules más!

—¡A su orden, mi cabo!

La lección del cabo Torres —que no fue hiriente— reactivó mi cerebro. En los días siguientes, mucho antes de que el trompeta de guardia anunciara diana, estaba uniformado debajo de la cama; era el primero en llegar a mi cajón personal para sacar los útiles de aseo, luego correr a los baños, lavarme y volver a colocarle candado al cajón. En seguida, como el viento, salíamos a la formación de lista. Se hacía ésta en el Patio de Los Naranjos, próximo al Escuadrón de Cabos Alumnos, Unidad de instrucción que ocupaba las dependencias del primer piso.

Durante esos quince días en que no volví a ver luz de la calle, no quise recordar a mi madre ni a mi hijo Pilucho. ¿Qué obtenía con amargarme? Tampoco podía solicitar permiso; habría recibido un rotundo ¡no! ¡Quería evitar y evitarme toda molestia!

El problema del rancho no ofrecía alternativas dignas de mención; no obstante todavía roe mi cerebro. Por ejemplo, el desayuno se servía a las ocho en punto de la mañana; es decir minutos antes del aseo de patios y caballadas; había cinco minutos para cumplir esta delicada función gastronómica. En ese instante, ya muchos alumnos, sudábamos como bestias. Este primer refrigerio —distribuido por un carabinero mozo— se ofrecía en grandes fondos de aluminio; nosotros también llevábamos en nuestras manos una

jarra de idéntico metal, de forma aplanada, semi ovalada, semejante a una marmita de boy-scout. Todos bebían el café de malta y comían el pan candeal añejo con la cara plena de sonrisa. Sólo notaba rostros largos en Espíndola y Tabora; si me hubiese mirado a mi mismo también habría descubierto una forma clásica de defraude estomacal.

El almuerzo —luego de la Orden del Día (se leía la orden del Escuadrón y la Escuela por un oficial; se instaba a la tropa a salir a la Orden del Día por reclamos, novedades, enfermedades o permisos)— se servía a las 12 en punto; no recuerdo algún atraso. La doble fila, con los de mayor estatura a la cabeza, caminaba en dirección al Casino con un plato de aluminio, una servilleta blanca y un servicio completo. El cuartelero de servicio, previamente, repartía un pan por cada alumno en la puerta de entrada del susodicho Casino.

La comida de mediodía tampoco era buena: cazuela de vaca, deslavada, con carne rojiza, de ternera; porotos, porotos sin aliño; a veces había tercer plato: un trozo de carne asada, flaco y reseco, con ensalada de lechugas o berros. Esto último me alegraba.

Después de cada comida venía un oficio fastidioso: el lavado de los utensilios de comer; nunca pude limpiar bien la cuchara, tenedor o cuchillo; en mis narices sentía el peculiar olor a “perro mojado”. ¿Por qué sería así?

La comida —servida a las 18,30 clavado— era aún, menos emocionante; sopa de sémola o chuchoca; después “mar y tierra”, o sea, papas con diversas harinas y cochayuyo.

Nadie alegaba nada: rostros serenos, conformados, sumiso, casi alegres. Esa gente parecía satisfecha, incluyendo

a Taborga. Noté, eso sí, algún descontento en el rostro de Espíndola; también en Montes; era éste un hombre ya viejo; me supuse que ese indiviluo no servía para carabiniero. "¿Y yo?"

En el curso la conversación rodaba sobre la actitud poco amistosa del cabo Torres; a ratos se discutía sobre el primero Romeral. Más adelante cambiaría el panorama y habría un solo escenario: el teniente Rojas, Jefe de curso, aún no se recibía de éste.

\*  
\*       \*  
\*

Una mañana se dispuso formación de parada; se exigió el máximo de aseo; hubo que sacarle lustre a los viejos bototos y a las arrugadas polainas. Todavía no repartían ni carabina ni bandolera de cargo.

Luego de desayunar, el cabo Torres llamó a formar.

—¡Numerarse!

El último gritaba:

—¡Cincuenta, último, mi cabo!

—¡Aline...ar...!

La doble fila se movía como resorte comprimido se oían tazazos, breves estrellones, roce de brazos.

—Taborga más adelante; un poquito más atrás Espíndola; saque pecho Montano; yérga la cabeza Henríquez; enderécese Montes; Olivares y Parra manos abajo, dedos rígidos.

Estuvimos listos.

—¡Atención, vista a la deré...!

—Bien, mi cabo

El primero Romeral pasó a comandar el Curso.

—¡A discreción...!

—Descanso.

—¡Aline... ar!

Otra vez se repetía el mismo disco.

—¡Curso, vista a la izquier...!

No distante el capitán Morgado charlaba apaciblemente con un joven oficial. ¿No sería el temido teniente Rojas?

—Curso de Carabineros Alumnos, mi capitán. 50 Conscriptos; no falta ninguno.

Quedamos en posición firme. Habló el capitán Morgado. No respirábamos. Yo quedaba entre Aguayo y Quilice; más allá estaban Parra, Manríquez, Barahona, Elgueta, Jiménez, Olivares; perdiéndose entre Montano, Henríquez, Montes Espíndola y Taborga

—¡Curso! Desde hoy comienza una nueva etapa institucional. El teniente Rojas —a mi izquierda— joven oficial, recién ascendido, se recibe del Curso; es vuestro Jefe máximo; no quiero pedirles más; se que ustedes, mediante trabajo y estudio, tendrán que encuadrarse en nuestro lema: ORDEN Y PATRIA. ¿Entendido?

—¡Sí, mi capitán!

Se acercó el teniente Rojas; lo hizo sin pestañear, seco, con ademán militar. Pensamos en alguna alocución. No la hubo. Sólo una frase emergió de sus labios.

—Mi primero Romeral: lleve el Curso al campo de ejercicios.

Se iniciaba el gran ballet; la música de fondo era la propia vida...

## TRES

La Escuela de Carabineros era (y problemente es) un plantel de ejemplar limpieza y de justa belleza. Me imaginaba como estar en un mundo casi artístico.

El aseo tranponía todo comentario. Había jardines debidamente delineados, pastales de formas simétricas, árboles frondosos, arbustos de raras contexturas. Poseía una

caprichosa piscina, tal vez exclusiva en su diseño arquitectónico. Era ésta pequeña, pero muy graciosa; la transparencia del agua impresionaba. Ahí no podía bañarse la tropa, sino los oficiales, jefes, sus familiares y contados invitados con tarjeta emitida por la Jefatura de Estudios o la Comandancia de la Escuela.

Existía en el interior de la Escuela de Carabineros, si mal no recuerdo, seis cuerpos de edificios; todos pintados de color rojo; no era un tono llamativo, ni disonante; sin embargo, no estaba de acuerdo con mi manera de pensar. Estas construcciones eran de ladrillo corriente, mas ello no restaba excelente golpe de vista.

Partiendo del fondo, nuestro Escuadrón de Aplicación constituía el primer edificio; tenía dos pisos; en el primero residía el Escuadrón de Cabos Alumnos. Estos cabos venían de Santiago y provincias a perfeccionar sus conocimientos policiales y culturales.

La parte posterior del edificio ofrecía una vista extensa de los primeros contrafuertes cordilleranos; la montaña andina siempre se veía cubierta de nieve; es maciza, altísima. Uno de esos maravillosos penachos montañosos se denominan cerro "San Ramón"; ignoro en razón de qué o de quién. También puede verse, a simple vista, las sinuosidades eternas de "El Abanico".

Detrás de esta monumental casona había algunos árboles de gruesos troncos: plátanos orientales; una caseta para el carabinero de guardia, hombre que respondía por la vigilancia de día y de noche de la puerta falsa. Más allá un caserío donde efectuaba ensayos la banda militar de la Escuela. En esas dependencias se guardaba también el ins-

trumental fiscal. Hacia el lado derecho se proyectaban más jardines, una pequeña pérgola. En esta pérgola, protegida de un techo de totoral, se servía el rancho a la tropa en las épocas calurosas. No lejos, construído especialmente, se levantaba un **pignerolo**, muy inclinado, destinado a ejercicios de equitación.

Por el costado sur, ya nombrado, quedaba el Patio de Los Naranjos, lugar de formación y de Lectura de la Orden del Día. Después, cerca de este sitio, se alineaban algunos garages, en cuyo interior se guardaban los automóviles de los jefes; camiones de servicio, camionetas y ciertos carros blindados, a prueba de balas, diseñados estos últimos con la técnica alemana de la 1.<sup>a</sup> Guerra Mundial. El sargento 2.<sup>o</sup> Pérez, había sido el creador de esos semitanques. Era éste un suboficial gordo, rosado, risueño, con un coto naciente, semejante a una chusquiza de tercera clase.

Después del Patio de Los Naranjos se levantaban dos colosales picaderos cubiertos; uno de éstos era de aserrín, muy blando, constantemente limpio; sobre el otro ondeaba una fina capa de arena, arena negruzca, casi sucia. El picadero de aserrín ubicábase al lado derecho y el de arena a la izquierda. Estaban separados por una pasarela, de cuyo altillo o plataforma el Oficial Instructor impartía resonantes órdenes.

En la práctica de equitación —dos veces a la semana— el maestro del ramo, Vicente Horta, muy caballeroso y di-charachero, que en ese tiempo lucía presillas de subteniente, elegía para las prácticas el picaderos de aserrín. El picadero de arena era demasiado duro, y ahí los costalazos dejan huella física y moral.

En seguida, enfrente de los picaderos, tal vez un poco desviado hacia el poniente, venía un cuerpo de edificios de un piso: el Casino de Suboficiales; ahí estaba el comedor de éstos; las comidas se servían en pequeñas mesillas dispuestas diametralmente, y los comensales no tenían necesidad de llevar servicios como en el caso de los carabineros de planta o alumnos. A continuación surgían otras dependencias: el salón de honor de los suboficiales, la peluquería de éstos y la de carabineros. También la cantina, y una sala de billar. La cantina se abría a determinadas horas: se expendía gaseosas, maltas, pilseners a bajo costo. Muy rara vez vino. Los carabineros, aunque fuesen de planta, se contentaba con sentir las emanaciones del alcohol. Pero mediante ciertos subterfugios, a veces, empinaban el codo detrás de la puerta. Era una **chilenada** de determinados sargentos o cabos.

Al lado de este edificio, había una pérgola de Suboficiales, recubierta de totorales muy limpios; casi nunca esta pérgola se destinaba a comedor u otros actos. Era un recinto muerto. Hacia el lado norte del edificio del Casino de Suboficiales, se levantaba una hilera de construcciones ligeras de un piso: sastrería, zapatería y otros talleres. Este grupo laborioso pasó a constituir, algún tiempo después, el Escuadrón Regimentario, o sea, la suma de Oficios Varios o Especiales.

Entre el Casino de Suboficiales por el oriente, el Escuadrón Regimentario por el norte y el Escuadrón de Aspirantes a Oficiales por el poniente, existía un gran patio: vivía ahí un gran jardín.

El Escuadrón de Aspirantes a Oficiales era una ciuda-

dela: salas de clase, sala de recreación, cuerpo de guardia, sala de armas, peluquería, comedores, cuadras y otras dependencias. Quizá algún secreto que no podía ni debía conocer 'a tropa. Frente al Escuadrón se formaban los cursos. Leía la Orden del Día un aspirante a oficial; éste podía ser de primer o segundo curso, según lo dispusiese el teniente de servicio. Así el futuro oficial iba adquiriendo, sobre terreno práctico, la preparación necesaria para enfrentarse a la realidad de las diversas unidades del país.

En la instrucción y en toda clase de actos los aspirantes a oficiales eran guiados por un teniente; en algunos actos tenía mando sobre ellos el aspirante más aventajado o con aptitudes militares, pero ello no era causa para que los aspirantes tuviesen que cumplir con el aseo de ganado y acarrear, de vez en cuando, forraje. Esta tarea era, naturalmente muy pesada y odiosa. El Escuadrón de Aspirantes a Oficiales contaba también con algunos individuos de tropa; éstos eran ocupados en labores de menor categoría: aseo de baños, servidumbre, regado de jardines, limpieza del edificio, peluquería, conservación del armamento, etc.

Por el lado derecho del Escuadrón de Aspirantes a Oficiales había un largo pabellón de baños y W. C. Algunos de éstos no funcionaban en debida forma. Este pabellón estaba dividido en dos partes. En la primera parte podían defecar y orinar los aspirantes a oficiales y en la segunda sección —separada por endeble tabique de madera— lo hacía el personal de tropa. El olor de la mierda se confundía: las moscas, en este caso, daban su veredicto.

Detrás del edificio del Escuadrón de Aspirantes a Ofi-

ciales estaban los Almacenes Generales de Vestuario y Equipo; también en aquel entonces tenía ahí sus dependencias el Escuadrón de Ametralladoras, Unidad que poseía (y posee) la misión de cubrir los servicios de Guardia de Palacio. Había tres relevos; las guardiás duraban, sin interrupción, cuarenta y ocho horas; en ese lapso los carabineros —solteros y casados— hacían vida de cuartel en La Moneda. En la Casa de Toesca (1), se almacenaban numerosas armas rápidas: fusiles, carabinas, ametralladoras C.A. y ametralladoras japonesas "Hotckins"; sables alemanes; también existía ahí una pequeña biblioteca, una sala de recreación, peluquería, comedor de tropa y suboficiales; dos cuadras de tropa; una sala menor que servía de dormitorio a los suboficiales. El oficial, de grado teniente, tenía un departamento propio con toda clase de comodidades; comía de la misma vianda que el Presidente de la República; a veces éste le concedía el honor de sentarlo a su mesa.

Saltando la piscina —ya descrita— venía otro cuerpo de edificio; en el segundo piso estaba la Enfermería, una sala de operaciones, el gabinete médico y odontológico; el enfermero o practicante contaba con un botiquín y una salita para atender a los pacientes. En el primer piso estaba la biblioteca; tenía algunos miles de volúmenes: tratados policíacos, científicos, literarios, históricos, ensayos, etc. Los carabineros, en general, leían poco; los días **carabinerísticos** se caracterizaban por su brevedad.

También vivía en esos contornos la Mayoría de Admi-

---

(1) Toesca.— Arq. italiano constructor del Palacio de Gobierno.

nistración; una especie de organismo de Inspección o Contraloría, cuya misión se reducía a observar las diferentes Comisiones que manejaban dinero: Comisión de Peluquería, Sastrería, Cantina, Talabartería, Casino de Suboficiales, y otros. Nunca oí hablar de desfalco; todo caminaba como reloj. La Mayoría se movía bajo las órdenes de un mayor de fila.

En el edificio de la Comandancia de la Escuela, un poco arrinconada, se agrupaban las oficinas de la Jefatura de Estudios. Esta Jefatura tenía vida propia, pues de ahí salían las órdenes de instrucción, policiales y de cultura por las cuales debían regirse los Cursos de Perfeccionamiento, incluyendo el Escuadrón de Carabineros Alumnos, que se levantaba en parcela aparte en el Barrio Macul, a la fecha casi rural. La Jefatura de Estudios era servida por un teniente-coronel, es decir en palabras militares, por un comandante. En el otro extremo, se ubicaba la Administración de Caja, servicio que respondía por la confección de planillas de pago, contabilidad, cancelación de facturas, etc..

La comandancia de la Escuela de Carabineros era (y obligatoriamente es) el cerebro policiaco-educacional. El edificio en que se cobijaba tenía alguna gracia arquitectónica, mostrándose íntegra a la arbolada Avenida Antonio Varas. Un cóndor vigilaba la entrada de la Comandancia, mas esa puerta era de uso exclusivo del coronel jefe de la Escuela. Para su cometido policial, la Comandancia se ceñía por las instrucciones que directamente recibía —por oficio o teléfono— de a Dirección General de Carabineros (1), cuyo edificio se levantaba en calle Victoria Suberca-

---

(1) DIGCAR.

seaux y posteriormente en Plaza Bulnes, o sea en plena Barrio Cívico de la urbe capitalina.

Por el lado izquierdo de la Comandancia existía (y existe) una hermosa cancha de tenis; luego surgía un pabellón, tipo pérgola; en este pabellón se efectuaban recepciones y almorzaban los oficiales y jefes durante los días de verano. En seguida, resaltaba el Casino de Oficiales; edificio de dos pisos, de forma irregular. Esta casona contaba con todas las acomodaciones necesarias para que jefes y oficiales hiciesen vida privada, sin tomar contacto con la tropa. El Casino poseía una puerta de entrada exclusiva, que daba a Avenida Antonio Varas; por ahí se recogían, en las altas madrugadas, los oficiales chuecos de gaznate.

Después venía una entrecalle; la puerta principal; una caseta para el carabinero apostado, una especie de oficina para el cuerpo de guardia: teléfono, mesilla y recado de escribir. Más al sur se levantaba una construcción de dos pisos; las dependencias de la guardia. Había comedores, dormitorios, lavatorios, servicio higiénico para el personal destacado. En el edificio de guardia, como pesadilla viviente, aún viven ciertos calabozos. ¿Calabozos? En verdad, para ser justo no eran propiamente calabozos, sino agujeros, tipo refrigerador. Estos estaban incrustados en la muralla, en un entrepasillo. Tenían pocos centímetros de alto; de manera que el detenido debía permanecer en él sentado o recostado. Si algún cristiano —fuese civil o carabinero— se le enviaba sólo 48 horas a esos agujeros salía transformado en guiñapo: flaco, demacrado, con pulmonía, ciego del corazón y del espíritu. ¿Espíritu? El proceso psicológico no corría; el *homo sapiens* quedaba por el suelo.

Detrás de la guardia habíanse instalado las dependencias de la Cooperativa de Carabineros de Chile (Sucursal N<sup>o</sup> 1; la casa matriz hallábase en el sector céntrico de la capital). La Cooperativa tenía varias secciones: menaje, abarrotes, tienda, zapatería y otras. También poseía un zótano en el cual, durante algún tiempo, los carabineros —personal de tropa principalmente— podía servirse desayuno, sandwiches y bebidas gaseosas. Ese casino funcionaba con sistema de ticket que se adquirían en la caja de la institución comercial.

Un poco más a la izquierda, en dirección sureña, erguía-se el gimnasio. Rara vez podían los cursos de tropa ocupar tal recinto, pues dicho lugar estaba constantemente a disposición del 1er. y 2<sup>o</sup> Curso de Aspirante a Oficiales y para uso de ciertos jerarcas de la institución.

Después venían las tribunas del Estadio; en el medio surgía una pérgola, muy bien adornada, con gran toque de belleza, limpiísima; muchas plantas y flores había por ahí. Bajo la pérgola, donde en días de festividades se colocaban muelles butacas y sillones, se ubicaban, por oficiales jóvenes y aspirantes en tenida N<sup>o</sup> 1, a las autoridades políticas y sociales o a los invitados de rango; a los diplomáticos y eclesiásticos también se les sentaba bajo la pérgola. El lado izquierdo de las aponsentaduras era ocupado por oficiales y sus familiares; en extremo sur, se arrinconaba el personal de tropa, incluyendo sus mujeres e hijos. Los espectáculos de mayor realce se efectuaban el 27 de abril y 19 de diciembre; el primero día aniversario de la Institución, y el segundo conmemoración de la fundación de la Escuela. En esos días todo marchaba como cronómetro; se

acentuaba, en todo caso, la disciplina militar. Había un premio: luego de las presentaciones de rigor, se ofrecía mejor rancho y se obsequiaba a la tropa con una copa de vino. La preparación de esas fiestas se hacía con meses de anticipación; el personal terminaba cansado como perro; la copa de vino era una burla en el clarísimo mediodía o en la brumosa tarde.

En seguida del estadio —muy pequeño y antirreglamentario para espectáculos de fútbol profesional o amateur— se veía un potrero; algunos sauces llorones. Por ahí pastando, una o que otra remonta; vigilaba ese extremo de la Escuela un carabinero de servicio, con bandolera y carabina; ningún detalle podía escapar a sus ojos.

Las caballadas se alineaban en dos largos pabellones: en uno ganado para cursos de tropa y en otro caballares para los cursos de oficiales y aspirantes. Por entre estos pabellones había patios, palos de amarre, naranjos robustos. La Escuela —a mal cálculo— podía contar con 150 o 200 bestias fiscales; aparte de ciertos brutos pensionistas. En los alrededores de la caballada existía un lavadero; también algunas oficinas, la del veterinario por ejemplo; un taller de mecánica; se fabricaba ahí herraduras. En una sala adjunta se herraba el ganado (taller de Mariscales) y se curaba a éste por enfermeros con títulos especiales, asimilados a grados de tropa baja.

Cada animal tenía un boxer privado; descansaban los animales en cama de paja muy limpia, y en los atardeceres y mañanas se les daba forraje de primera; a veces un poco de avena o cebada, según lo dispusiese la Comandancia de la Escuela o lo aconsejara el veterinario de servicio.

Cada pesebrera poseía un letrero de color negro; letras blancas indicaban el nombre de la bestia, número de filiación y año de nacimiento. No he olvidado algunos nombres: Asesino, Mileto, César, Dax, Maguncia, Molinete. Algunos llegaron a ser famosos, compitiendo en justas internacionales; fueron guiados por los tenientes Lema, Salas, Ruiz, Montecinos...

Si en el tono material, el único establecimiento policial de Chile constituía un ejemplo digno de imitarse, surgían otros factores que daban con esas cualidades —indudablemente esenciales— por el suelo. El golpe de vista movía a meditación, pero la vida no tenía nada que hacer con ese aspecto.

## CUATRO

Luego de la tibia presentación del capitán Morgado, el primero Romeral asistido por el cabo Torres, llevó el Curso de Carabineros Sin Servicio Militar al campo de ejercicios. Quedaba éste cerca de las caballadas de Aspirantes a Oficiales, vecino de la Cooperativa de Carabineros y del Gimnasio, con vista al imponente estadio.

Ahí el primero Romeral volvió a ordenar alineación y nos presentó, con gran cuadrada, al teniente Rojas. El teniente Rojas había caminado solo, a prudente distancia del Curso, observando los defectos militares de éste. El sabía ya donde estaba la parte débil y las medidas que tendría que tomar para conseguir la perfección.

—Cincuenta Carabineros Sin Servicio Militar, mi teniente. No falta nadie.

—Bien, mi primero.

Dentro del marco militar, el teniente Rojas no se desmedía en nada. Trataba al cabo Torres de “mi cabo” y el primero Romeral de “mi primero”. El curso —corazón unido— comprendió que se aproximaban inciertos días con la presencia de ese oficial a su frente. Nadie se había equivocado.

El primero Romeral, bajo las órdenes y mirada severas del teniente Rojas, nos hizo instrucción por pareja. Nuestra perdición se inició cuando notó a algunos carabineros cansados, lerdos, acalambrados. Comprendí que su rostro cambiaba; algo presentí; algo presentimos.

—Mi primero, ¡fórmeme la gente en doble fila!

—A su orden, mi teniente!

Se acercó a cada uno de nosotros, con mirada fija, sin pestañear le seguía el primero Romeral, continuaba el cabo Torres un poco a la retaguardia.

En suma, nos revolcó, como guiñapos. Los alumnos no respirábamos.

El teniente Rojas era de elevada estatura, de ojos ver-

des, muy pecoso, de rostro seco, moreno. Vestía uniforme Nº 2, impecable, tipo alemán: blusa larga, pantalones muy ajustados, botas chantilly, espolines plateados, gorra de visera muy corta, aplanada, al ojo. No sonreía jamás delante de la tropa; tampoco salía de sus labios una broma o un chiste; todo se cuadraba en la estricta disciplina militar. Había nacido para milico; sin embargo, a poco de marchar el curso, comprobamos que tanto el teniente Rojas como sus ayudantes exageraban la nota. El tratamiento tornóse bestial; no hubo consideración, tregua, nada.

—¡Quiero carabineros hombres, no maricones!

Nos sentíamos cansados, agobiados espiritualmente; parecíamos prisioneros de guerra, sometidos a un castigo que no estábamos preparados para soportar. ¿Qué se gestaba en la mente del teniente Rojas? ¿Por qué demostraba prepotencia? ¿Lo arrastró alguien en su niñez? ¿Qué contaría a mis amigos de la cáfila hampona cuando saliese franco? ¿Qué le diría a mi madre? ¿Y mi hijo? ¿Y mi mujer? No quería recordar que había por ahí seres, seres que punzaban el corazón, transformándolo en estropajo. Ante la brutalidad del teniente Rojas, todo aquello surgía con más ímpetu.

“La tropa es la buena; la oficialidad es la mierda del mundo”

Una mañana el sol brilló sin obstáculos, limpio; los rayos cubrían todo el campo de ejercicios; los guijarros y las piedrecillas relumbraban. Muchas de éstas tenían sus cantos afilados; otras concluían en puntas. El teniente Rojas, cual perro hidrófobo, apareció hacia la mitad de la caba-

llada de Aspirantes a Oficiales. ¿Por qué de ese enojo?

“Seguramente que anoche la novia no le prestó el pote”.

Contrariamente a lo habitual, esa mañana no saludó el curso. Desde ese instante comprendimos que los rayos del sol nada tenían que hacer sobre la tierra.

—¡Numéreme la gente, mi primero!

El primero Romeral cumplió la orden; el cabo Torres sonreía, y esa sonrisa lo retrataba.

A seis metros del curso, el teniente Rojas esperaba la cuenta. ¿Qué pensaba ese hombre de nosotros? ¿Estaba instruyendo bestias para azotar al pueblo o para proteger a la sociedad? No pude responderme.

En el Campo de Ejercicio sólo rezaban los números.

—Seis... Diez... Veintecinco... Cuarenta... y Cincuenta último, mi primero.

—Cincuenta Carabineros Sin Servicio Militar, mi teniente. No falta nadie.

Luego clavó a punta del sable en los guijarros; hizo saltar uno de éstos a varios metros; silbó la hoja de acero toledano.

—Mi primero: despréndame la gente!

Todo eso era nuevo para mí; tal vez para todos. Parra me tocó el codo; Quilice lo imitó. Una voz oculta salió de la fila.

—¡Esta concha de su madre está dispuesto a reventarnos!

—¡Silencio! ¡En la fila no se murmura!

—¡Despréndame la gente, mi primero!

—¡A su orden, mi teniente!

Un extraño sentido gravitó aquella frase alrededor de

mi mente. Parra volvió a codearme; Quilice volvió a imitarle. Otra voz clandestina, más baja, más certera, más rápida.

—¡Yo no aguanto más humillaciones! ¡Prefiero sacar mierda!

Después un axioma:

—¡Estamos cagados!

“Despréndame la gente, mi primero”. ¡Desgraciado!

“Nos mira como animales” —pensé—. Mi apreciación era justa.

El primero Romeral, secundado por el cabo Torres, cumplió la orden.

—Curso, carrera mar...

—¡Al suelo!...

—¡Arrastrarse con los codos!

—¡Levantarse!

—¡Alto!

—¡Tiburones comenzar!

—¡Flexiones comenzar!

—¡Alto!...

Aquello no concluía jamás; el teniente Rojas, no distante, espiaba con ojos de águila, jugueteando con los guijarros. Desde su puesto de ubicación, observó que el conscripto Montes se movía con cierto desgano. Entonces corrió detrás de él y le asestó preciso sablazo por las piernas. Quejóse el hombre y apuró el paso; mas perdió el equilibrio y cayó con pesadez sobre la áspera planicie de arena y piedras.

—¡Levántate, sinvergüenza!

El carabinero alumno le miró con profunda pena, y se

dejó abatir por la tierra del campo de ejercicios.

A ese carabinero sin servicio militar le llamábamos el Padre Montes, en razón de su edad y simpleza de carácter. Ahí le vimos estirado a lo largo de la tierra sin poderle asistir; sudaba; su pecho movíase con mucha fuerza; su boca vomitaba una baba larga, viscosa; tenía los ojos vidriosos.

—¡Venga, mi primero!

—¡Ordene, mi teniente!

—¿Quién ordenó la contratación de esta yegua!

Todos nos sentimos empuñados; sé que muchos pudieron rebelarse; se detuvieron. ¿De qué valía la personalidad humana para el teniente Rojas? ¿Sería él —como el Papa— infalible?

—¡El alumno Montes cumplía con los requisitos legales y reglamentarios para su ingreso a Carabineros, mi teniente!

—¡Es una guata, mi primero! ¡Lo ve! ¡Tiene rostro alcohólico!

Era el Padre Montes un hombronazo con alma de niño. Levantóse como pudo, y fue a tomar su puesto en la fila. Respiramos. Por su elevada estatura, quedaba entre Montano y Taborga.

Esa triste mañana de sol, ganamos una sucia experiencia institucional.

—Mi primero, llévase el Curso a clase de aseo personal; por la tarde habrá acarreo de forraje. ¡Qué nadie saque la vuelta! Yo haré del Curso gente de valer; los maricones reventarán sin compasión.

Comprendí o comprendimos que la táctica del Tenien-

te Rojas era instruirnos en el odio. ¿Por qué usaba esa técnica? ¿Qué sería de nosotros cuando empezase la instrucción a pie con carabina Mauser? ¿No tenía miedo que apuntásemos contra él?

En el desayuno, en el almuerzo, en la comida, durante los breves descansos en el Patio de Los Naranjos el tema no variaba: la bestialidad asumida contra el Curso por el Teniente Rojas.

Un día hubo foro respecto de la personalidad del teniente Rojas, y su actitud frente al curso. Opinó Taborga; Espindola escuchaba; Montano chupaba una colilla de cigarrillos "La Ideal". Me anticipé:

—Yo no lo entiendo. Si algún día saldremos a Comisaría a tomar preso a borrachos, a detener a maleantes, a notificar a gente, a comprobar domicilios, a cubrir servicios relativamente tranquilos, a cuidar embajadas de punto fijo, ¿por qué tanta disciplina? ¿Qué tienen que ver los servicios policiales con los tiburones?

—Mira, Escudero. Quizá así, no lejos, saldremos buenos carabineros.

—¿Buenos para qué? ¡Para matar pueblo! ¡Tú como serás oficial!

Quilice se acercaba con Aguayo; Parra observaba; Montano, luego de tirar la colilla de cigarrillos, discutía con Olivares y Manríquez; el Podre Montes, a pierna suelta, dormitaba bajo la sombra de un limón.

Habló Quilice; se notaba despierto; frente ancha, semi calvo, bajo de estatura, risueño, burlón. Le bailaban los ojos; se parecía a mí, según opinión unánime del curso.

—Para mí, chiquillos, el teniente Rojas, es una migaja

social. Pero de todas maneras —y no lo olviden— se le está pasando la mano. Dios se enoja ante la soberbia humana. ¡Ya lo verán!

—¡Buena Salomón!

La presencia del cabo Torres, puso punto final al breve foro.

\*

\*        \*

Por la tarde hubo, efectivamente, acarreo de forraje. Había que cargar sacos de avena de setenta y cinco kilos y caminar con ellos unos doscientos metros, es decir desde la bodega matriz a las bodegas menores de las caballadas. En mi vida hice tanta fuerza. A ratos, me sonaban las coyunturas; no podía soportar tanto peso.

Pasó a mi lado el primero Romeral. Notó mi derrumbe. Me comprendió.

—Miré, alumno, vaya a la oficina de la caballada N<sup>o</sup> 1; allá está mi bicicléta; busque un paño y me la deja como espejo.

—¡A su orden, mi primero!

Desde ese instante empecé a mirar al primero Romeral con ojos distintos; descubrí que ese lobo no era tan fiero; por lo menos no procedían los paralelos con la posición bestial del teniente Rojas. Aquella actitud humanizada del primero Romeral me dio bríos, nuevos estímulos, palpables ilusiones.

Corrí como el viento a cumplir la orden del primero Romeral. ¿No era preferible engrasarse hasta los dientes

antes de romperse los pulmones con un trabajo de gañán? De lejos divisaba a mis compañeros que se encogían por el peso de los sacos; me sentí deprimido; mi debilidad física había quedado de manifiesto. ¿Me conformaría?

Aún no llevábamos una semana de encierro, y eso equivalía a años. ¿Y si me arrancaba por la noche? Recordé a la cáfila hampona, riéndose con exageración, con grosería.

“¡No te dije, Muleta, el Chicoco está caro pa cachurero; donde se mete la caga!”

Me había propuesto defraudar a medio mundo, aunque me golpease la sangre en el pecho. ¿Tendría fuerzas para salir adelante?

“Me reviento, mierda. El teniente Rojas, ¿no es un ser humano igual que yo? Lo había vaticinado el rajadiablos de Quilice: “Dios se enoja ante la soberbia humana”.

\*

\*

\*

En los días subsiguientes se repetía la misma rutina: la diana, el aseo de patios, el desayuno, las comidas y el campo de ejercicios. No se iniciaban todavía las clases de equitación; aquello me llenaba de un extraño goce.

Para muchos de nosotros, el campo de adiestramiento era lugar tabú, fatal. Allí se producían noticias extrañas para el curso o para algunos de los componentes de éste. Estas novedades nunca emocionaban.

Se acercaba el teniente Rojas a la doble fila de alumnos. Estábamos en posición firme. No volaba una mosca; podía, en ciertos casos, escucharse la respiración cansada de al-

gún carabinero-alumno. El primero Romeral y el cabo Torres se hallaban a la expectativa, dispuestos al cumplimiento del deber. La instrucción a pie en esa mañana —como es lógico pensarlo— había sido intensa, incesante, demoleadora.

—Un paso adelante los conscriptos que tengan estudios superiores.

—¡Ya, Escudero, estás colocado!

Un rayo celestial me iluminó el cerebro. Quilice me rozó el codo. Un murmullo cayó en mis oídos. Probablemente una sugerencia de Aguayo. Algunos alumnos presentían que yo tenía alguna educación.

Taborga y Espíndola cumplieron la orden en forma instantánea; se sentían triunfantes, principales, acaso ilusionados. ¿Y por qué me quedé atrás? Parece que alguien me retuvo por la blusa; no recuerdo.

—¿Qué año de humanidades tienes tú?

—¡Bachiller en Letras, mi teniente!

—¿Y tú, Espíndola?

—¡Bachiller en Biología, mi teniente!

El oficial se tocó la barbilla, caminó de un lado a otro, dio un puntapié a un guijarro, observó la marcha de una columna: el aguerrido Oficial de Guardia de Palacio: la Sección de Ametralladoras se desplegaba hacia la puerta de salida.

—Bachilleres, ¿eh?

—¡Sí, mi teniente!

—¿Y qué quieren de Carabineros de Chile?

Una mueca nació en los rostros de Taborga y Espíndola. Luego contestaron uno por uno: ¡ser oficial!

—Oficiales, ¿eh?

—¡Sí, mi teniente!

—Entonces vayan los dos a la caballada de Aspirantes a Oficiales, se consiguen un escobillón con el Cabo de Servicio y le limpian bien la raja a la yegua Moralista que está churrete.

Los dos muchachos se quedaron lelos; no podían moverse.

—¿No oyeron, carajetes? ..

—Sí, mi teniente.

Cuando el teniente Rojas comprobó que Taborga y Espíndola se perdían entre árboles y gruesos palos de amarre, volvióse hacia el curso. Quizá no valga la pena recordar el clima frío de esa mañana; eso sí que no olvidaré ese rostro firme, cejudo, pecoso, cuyo mandato trasponía todo lo que era dable imaginarse.

Y sin embargo, pasó esa quincena de encierro. Alguna huella probablemente se haya extinguido.

El teniente Rojas cumplió con darle franco al curso. Nuestra primera salida fue de civil; la tenida N<sup>o</sup> 1, recién repartida, estaba siendo ajustada en el Taller de Sastrería. Aquello me alegró mucho. ¿Qué hubiera parecido vagando por las calles del Gran Santiago disfrazado de carabineero?

El teniente jefe de curso no nos desatendía un instante. Cuando estuvimos listos para ganar la ansiada calle, apareció el fiero oficial por entre los jardines del Casino de Oficiales. En sus órdenes fue concluyente, matemático:

—El hecho de que vayan a salir de civil no quiere de-

cir que hayan dejado de ser carabineros. La recogida será a las once de la noche. Tienen cinco horas para darse vuelta y visitar parientes y amigos. No quiero alumnos con olor a vino o licor. Si alguno se extralimita conocerá esta misma noche la placidez de los calabozos; después dispondré un Sumario Breve (1), y los ocho días de arresto que vendrán a continuación no se los despintará ni Cristo. A la reincidencia, la cuota sube a quince días, y luego se aplica la baja por "no convenir al Servicio con nota de conducta menos que regular". ¿Entendido?

—¿Entendido, mi teniente!

El curso se desbocó por boliches y cantinas del barrio; en alguna forma esa gente quería buscar descanso, amistad, reír, soñar.

Mi primera reacción fue visitar a la cáfila hampona del "Salón Olimpia" para imponerla, in extenso, de la vida de cuartel, mas tuve fugaz giro.

"Nadie debe compenetrarse de mi vida en el Escuadrón; nadie tiene porqué saber qué ocurre en este recinto".

Dí media vuelta y tomé la dirección de mi casa. ¡Me estaba poniendo paco!

\*

\*

\*

Mi madre me recibió emocionada.

—¡Hijo mío!

Corría, se secaba el sudor, reía y lloriqueaba un poco.

---

(1) Se establece en él la demostración de haber bebido. Firman dos testigos y el afectado.

Se notaba más demacrada, tal vez un tanto fina de cuerpo. En efusión lógica, traté de tomar en brazos a mi hijo; rehusó mis cariños y lanzó llanto de rabia. Durante breves segundos estuve con ojos puestos en él. ¿Qué traía en su cerebro?

—¡Los hijos son así, hijo!

Algo me comunicaba la mirada penetrante de mi hijo. Se advertía muy inquieto, serio, casi enojado.

—¿Cómo te tratan, hijo?

—Bien, madre. Estoy acostumbrándome. En quince días más nos pagarán el primer sueldo, y todo lo invertiremos en la casita.

—¡Qué bueno, hijo!

Me hablaba con lentes sobrepuestos en la frente; había empezado a ejercer la costura menor: delantales, faldas, vestidos de niñas, jardineras para niños, mame-lucos. Con esa exigua entrada se alimentaban esos dos seres que me pertenecían.

—Más adelante no habrá necesidad de que trabajes, madre.

—¡Lo sé, hijo!

El chicuelo salió arrastrándose hacia la otra pieza; no volvió la cabeza.

—¿Y Ninoya, madre?

—Luego de que supo que habías fracasado en tu matrimonio, viene una vez a la semana; se ha repuesto; está rosada. ¡Es muy buena, hijo mío! ¡Qué diferencia con la gata!

—¡No se puede remediar, madre!

—Cuando aparece Ninoya trae un paquetón de cosas;

lava a Pilucho de pie a cabeza. Tu hijo es de rulo: grita como barraco. Después me abraza largamente y se va. No puedo retener mis ojos. ¿Por qué se va tan sola, hijo? ¿Hacia dónde camina? Dice que no desea crearte problemas; tiene temor de toparse con tu mujer.

—¿Y no ha venido ella, madre.

—¡Nunca más, hijo mío!

—Mejor...

Las palabras de mi madre me dieron profunda pena, no por mí, sino por mi hijo. ¿No tendría jamás auténtica madre? ¿Por qué no reía mi niño? La cicatriz de nacimiento, a medida de su desarrollo físico, se iba proyectando hacia la totalidad de su frente, dándole un aspecto más duro. Aquello retuvo mi respiración por luengos minutos. En ese desamparo hogareño, sin la dirección de una mano femenina firme, ¿qué sería de Pilucho en algunos años más? Preferí cerrar los ojos; estaba sudando.

Miré el reloj de sobremesa; era un artefacto antiguo, demasiado roñoso; se salvó, por ello, de perderse en la Caja de Crédito Popular. Muchas horas murieron sin pesarlas. Mi madre hizo la última atención: me sirvió una taza de café con leche, bien caliente, con tostadas en **pan batido**.

—¡Cómo en Valparaíso, madre!

—¡Cómo a ti te agrada, hijo!

La volví a abrazar; hubiera deseado hacerle daño para quererla más, para retenerla siempre a mi lado. En seguida fuí a la cama de Pilucho, y estampé mis labios sobre sus mejillas; se dio vuelta molesto.

El reloj marcó las 22.30 de la noche; tenía treinta minutos para presentarse al mundo normal que corría más

allá del umbral de la Escuela de Carabineros.

## CINCO

Vi a Quilice palidecer; venía detrás de mí; se notaba indeciso, tiritón, acalorado.

—A ver tú, ¡acércate!

—¡A su orden, mi teniente!

—¿Por qué estás pasado a menta?

—¡Costumbre, mi teniente!

Quizá fue la única actitud humana del teniente Rojas; no ordenó Sumario Breve.

—Hoy muere esa costumbre, conscripto Quilice.

—¡A su orden, mi teniente!

En fila indiana fuimos llegando a la Cuadra A., del Escuadrón, piso segundo.

La Escuela de Carabineros, por las noches era un plantel muy oscuro, de alumbrado inadecuado; silencioso. A veces partíase la madrugada por el relincho de un caballo o por las patadas que un potro propinaba a una yegua caliente. La oscuridad era también rasgada por el paso invisible de una lechuza bohemia.

En los días siguientes, el Curso fue somentido arduamente a la Instrucción Militar a Pie; la instrucción con carabina Mauser, modelo 1935, aún no empezaba. Si sentíamos cansancio sin armas, ¿cómo sería después? No obstante algunos carabineros sin servicio militar estaban deseosos de debutar en esta nueva experiencia. Entre éstos estaba Taborga, el Chico Aguayo y Parra; renegaban de ello: Cisternas, rojo y sisueño, habíase ganado el sobrenombre de "Tomate"; en la línea de deprimidos bajaban cabeza el astuto Quilice, mi sombra pulmonar según decían unos; Manríquez, apodado "El Pobre Turco"; Elgueta, Jiménez y particularmente yo. Barhona, Olivares, Santelices y Montano se encogían de hombros. ¿Qué más daba? Algunos alumnos hablaban torpezas: otros no se pronunciaban.

—¡Con una carabina Mauser y cien tiros, me tomo La Moneda!

—¡Y con la bandolera te sujetai las huevas!

—¡Ja, ja, ja!

En su actitud militar, a pesar de los días avanzados, el teniente Rojas no rectificaba su política extremista; cada día se advertía más “milico”, más seco de carácter, más anticristiano. Alguien comentó que su formación profesional pertenecía a la Escuela Militar, plantel donde había sido cadete —vulgo empanada— recibíendose con grado de alférez. Como murió esperando su despacho de oficial, golpeó, a dos manos, la puerta de Carabineros de Chile. Se le abrieron éstas, y surgió un “paco” en duplicado.

—¡Por eso debe ser tan choro, entonces!

—¡Cierra el hocico, Quilice bruto!

—¡Esta madre es tan requiete recontra paco que se levanta y acuesta por tiempo!

Jiménez, casi de voz mujeril, saltó por último:

—¿Por qué no dejan a mi teniente tranquilo, chiquillos?

—¡Con esa raja no te pica el pollo!

—¡Grosero! ¡Rotos peladores!

—¡Bueno, pues mi hijita!

—¡Ja, ja, ja, ja! ¡Cabra cartucha!

Quilice siempre cerraba el telón.

\*

\*

\*

La vida institucional proseguía deslizándose con fiereza y rutina consiguientes: honores, servilismo, voces de

mando, altanería sin límites de la oficialidad, humillaciones a la tropa, castigos, arrestos y palabras antigramaticales.

Pasaron algunos das. Quizás semanas. Salíamos franco los martes, jueves, sábados y domingos. Cuando algún alumno le correspondía servicio de caballada se contentaba con ver a sus compañeros de civil como trataban de ganar rápido la puerta de la Escuela de Carabineros por si se disponía contraorden. Eso sucedía muy a menudo; las contingencias políticas de la época recaían en Carabineros. Los acuartelamientos eran platos de todos los días. Tampoco salíamos franco si el Escuadrón entraba de Semana de Ronda; de ahí adelante los carabineros nos mirábamos, discutíamos y hablábamos del teniente Rojas, enfocando su personalidad desde diferentes ángulos de apreciación, de acuerdo a la mentalidad y cultura de los participantes; los más huasos no abrían su boca; obraban sometidos por el temor.

En los días de franco, visitaba a mi madre; mi hijo seguía esquivo; Ninoya habíase esfumado en la noche; mi mujer tampoco respiraba por esos ámbitos. En cada visita, mi madre poníase más triste. Llegué a impresionarme. Mi primer sueldo quedó íntegro en sus laboriosas manos; se lo merecía.

—¡Sé que te preocupa Ninoya, madre!

—¡Siempre pienso que puede haberle pasado algo, hijo!

En esas rápidas salidas, no quise reintegrarme a la **cáfila hámpona**. ¿No era mejor concluir esos seis meses sin problemas? Las salidas estaban entregadas al control directo del teniente Rojas. Todo caminaba bien; los carabi-

neros alumnos nos recogíamos oportunamente, sin probar el vino o el licor; Quilice había olvidado las pastillas de menta. El teniente Rojas sentíase triunfante; el curso producía los frutos que él esperaba. ¿Duraría esa paz? En los períodos de franco —muy breves por lo demás— seguíamos disfrutando de la calle en traje de civil; reajustar cincuenta tenidas N<sup>o</sup> 1 era un trabajo pesado.

Por otra parte, la Instrucción Militar a Pie corría firme; también se había iniciado la Instrucción Militar Montada. Las primeras clases teóricas no las entendíamos mucho; pero muy luego nos metieron con caballo, montura y bridas en el picadero de aserrín. Sabíamos —por comentarios previos— que el Instructor de Equitación no podía ser otro que el Subteniente Vicente Horta. Tenía éste rostro bonachón, ojos azules, de estatura mediana, gordo y rosado de mejillas. La fisonomía del subteniente Horta quedó impresa en la cabeza de cada uno de nosotros, no por su crueldad mental, sino por su hombría y corazón bien puestos.

En clases de equitación, que duraban una hora y picos, el joven oficial utilizaba un lenguaje vulgar para tratar los conscriptos; en cambio sus voces de mando eran precisas, ajustadas a la Directiva de Instrucción Militar Montada.

En el asunto de la clase de Equitación en picadero, el curso se dividía en dos grupos: Grupo A., que correspondía a los alumnos de elevada estatura. En esta última sección militaba mi esqueleto.

Reconozco que fuí pésimo jinete; encontraba un poco anticuado de que uno fuese con las piernas abiertas sobre la silla resbaladiza. También me parecía un poco ilógico vivir con la mente pendiente de la montura inglesa, en las

bridas cortas y largas; del aseo minucioso de las fornituras, del borrén delantero y trasero, de las frazadas, de los diversos aperos, del jaboncillo y las cadenillas. Todo eso constituía una etapa nueva en mi vida.

En el picadero de aserrín se me invertía el planeta; obraba como dopado. ¿Yo en clase de equitación? ¿Qué era eso? ¿Y mi vida anterior? Luego sentía las voces del subteniente Horta desde lejanas regiones:

—¡Ayúdese con las piernas, conscripto! Levante pecho, mentón abajo, siéntese cómodo! ¡Ud. es una Madre Superiora! ¡No doble el cuerpo, alumno Escudero! ¡Póngale tinca; viene la Vista de Asiento y Ud. será una calamidad, conscripto! ¡Sabe que lo rebajarán de grado!

“¿Y qué grado más bajo?”

Como golpe seco, casi matálico, todo aquello fue grabándose en mi siquis: paradas y medias paradas; vueltas y medias vueltas; volteos dobles y sencillos. ¿Qué culpa tenía el ganado? Los costalazos no cabían ya en ningún saco; saltaba como muñeco de goma; lo porrazos, en el picadero de aserrín se contrarrestaban en gran porcentaje. Mas todo eso removía la conciencia. Salíamos de clase de equitación extenuados, con mucha hambre, con deseos de beber cualquier cosa. El olor exilar ponía en fuga a las propias moscas.

\*

\*            \*

El teniente Rojas tenía inclinaciones animalísticas; era un amor concentrado por una bestia. Su vida institucional

parecía rodar, descartando el curso, en torno del caballo "Trueno", irracional colorino, de larga cola, airoso, constantemente asustado. En verdad, era un corcel envidiable por su limpieza y agilidad. Muy a menudo, el teniente Rojas destinaba a varios carabineros-alumnos para que se preocuparan de su aseo. El vigilaba, con ojo de lince, todo lo relacionado con el noble bruto. Recibía éste un baño diario; se le secaba rápidamente; se le arropaba para evitar un traicionero resfrío. Si hubiera sucedido esto, mala suerte para los conscriptos que oficiaban de ordenanzas. El animal, aunque era muy preciso en las patadas, se dejaba asear con cierta coquetería. Tal vez —sin dudarlo mucho— aquel caballo asimiló, en forma inconsciente, el carácter áspero del teniente Rojas.

Una mañana ocurrió algo al parecer sin importancia; mas no fue así; de ahí adelante la totalidad de los carabineros-alumnos comprendieron que sus vidas no valían un comino: el precio de un crin se preciaba en más.

El grupo de asistentes de "trueno", el caballo fiscal de cargo al teniente Rojas, fue sometido a riguroso baño; veíase más brioso como su pelo plateado; la dorada bestia mostraba sus comillos en prueba de agradecimiento; sabía corresponder. Aclimatado a los baños matinales, no demostraba decaimiento por los achaques momentáneos. Por sus hábiles arrestos, quizás si en ese momento, parecía un caballar de fantasía: ágil, inquieto, altivo. El grupo de asistentes u ordenanzas, formado por Olivares, Montano, Aguayo, Parra y Barahona, reía de gusto.

—Cuando mi teniente descubra cómo tenemos a "Trueno" nos felicitará en la Orden del Día del Escuadrón.

—¡Ja, ja, ja, ja!

Quilice observaba la conversación; también ladró su parte:

—¡A lo mejor los va a sentar bien en el pelao por intrusos. ¿Aún no conocen las reacciones temperamentales de mi tenientne Rojas, los huevones?

La charla quedó interrumpida; apareció el teniente Rojas por la Caballada de Aspirantes a Oficiales.

Alguien gruñó:

—¡Alto!...

Se cuadró el teniente ante el homenaje; llevó la mano a la visera y contestó severamente:

Se notaba sereno; seco de rostro, arrugado en la frente,

—¡Continuar!...

contraído el cejo; le balanceaba el sable. Los carabineros-alumnos, que habían participado en la “operación lavado de caballo”, esperaban sumisos, casi humildes, dispuestos a recibir un estímulo que en ese momento necesitaban y exigían.

“A lo mejor con esta obra nos tomará buena barra”.

“Ja, ja, ja. ¿No se dan cuenta, pacos yeguas, que el teniente Rojas es un Semidios? Si no controla las acciones él, nada es aceptable”.

El teniente al posar su vista hacia la izquierda, vio el cuadro; se le movió la gorra; el sable azotó el muslo; las botas le crugieron...

—¡Qué han hecho, salvajes?

Nadie inclinó sus labios; el curso cayó en esa apreciación; desde ese instante éramos responsables; no se detuvo en ninguno.

—¿Qué han hecho, brutos de mierda?

En esa triste mañana “carabinerística” la frase nos martilló sin excepción. El oficial cambió de color; su tez, tradicionalmente tostada y pecosa, tornóse roja, como sangre viva, desgarrada. Se le extinguieron las pecas. Se puso a gritar como condenado:

—¡Cabo Torres; Primero Romeral! ¡Qué venga el veterinario Schips!

No le antepuso la sigla “mi” ni al cabo ni al primero; aquello quería decir tempestad con toda clase de agregados. Se advertía, a cada segundos, más desfigurado. Se le adelantaron los ojos; desenvainó el sable; la vaina danzaba en desorden.

—¿Quién ordenó bañar a “Trueno”, primero?

El primero Romeral contestó leseras:

—Estábamos en posición de descanso, mi teniente; fue iniciativa de los asistentes; pensaron que a Ud. le agrada-ría, mi teniente.

—¡Pero “Trueno” está resfriado! ¡Nadie puede meter ahí las manos sin resolución expresa de mi persona, primero!

Como alucinado, teniendo a su lado al cabo Torres y primero Romeral, siguió bramando. No podía concentrarse; rugía; yo no le veía.

—¡Cabo Torres; primero Romeral!

Por segunda o tercera vez se cuadró cabo y primero ante su presencia; nosotros no nos movíamos; muchos carabineros alumnos se hacían preguntas inútiles:

‘¿Se habrá vuelto loco, mi teniente?’

—¡Ordene, mi teniente!

—¡Llévame la gente al campo de ejercicios! ¡Llévatela al trote!

¡A su orden, mi teniente!

El caballo "Trueno", causante de tanta desgracia, permaneció quieto, ajeno, menos ofuscado que otras veces; a ratos relinchaba. ¿No le estaría advirtiéndole al teniente Rojas que aquel baño en el fondo le había agradado? Pero eso el Oficial Jefe de Curso —enloquecido— no podía comprenderlo; se hallaba cegado. Nadie podía conseguir nada de él en ese momento.

En el campo de ejercicios se descompusieron las cosas; el curso era simplemente un blanco, un blanco inocente, negro...

Los cuatro carabineros sin servicio militar, marcados por la iniciativa, parecían más muertos que vivos. se habían transfigurados. Si hubieran tenido poder para suicidarse ninguno lo habría pensado por segunda vez.

¿Y "Trueno"? No podía hablar; no podía gritarle al teniente Rojas que el baño en absoluto había alterado su estado sanitario; era un testigo inútil.

El Curso recibió castigo ejemplar. ¿Y por qué el Curso? Es una pregunta que hasta el día de hoy no puedo contestarme.

—Nada se hace sin orden expresa de mi persona.

“¡Petulante!”

—Castigaré a todo el Curso para evitar futuras intromisiones o iniciativas independientes que perjudican el Servicio. Una organización férrea como la de Carabineros de Chile debe y tiene que tener una cabeza. De ese punto parte las órdenes.

En el instante el teniente Rojas detenía sus ojos en Olivares, Montano, Aguayo, Barahona y Parra. ¿Qué sería de ellos? ¿Qué sería de nosotros?

“¡Este tenientito está huevón del potol!”

—¡Sacarse la blusa; sacarse la camisa; sacarse los zapatos; quedar descalzos!

No paraba ahí; hacía silbar el sable; la vaina movíase como volantín “chupete”, sin cola.

Y mala suerte para nosotros: no pasaba por esos contornos ningún capitán o jefe para detener los ímpetus bárbaros del teniente Rojas.

—Allá, carrera... mar; a las caballadas, carrera... mar; ¡al suelo! ¡Arrastrarse con los codos! ¡Comenzar! ¡Con los codos, mierda! ¡darse vueltas como chanco!

Con ojo de águila el teniente Rojas, cabo Torres y Primero Romera] vigilaban atentamente la manada de reptiles humanos cómo se despedazaba en las piedras. ¿Acaso no era una satisfacción?

“¡Maldito, teniente! ¡Tendrás que reventar como piojo fétido! ¡Teniente retamboreado!”

Oía la voz de Quilice; la queja de Parra; el cansancio del Padre Montes; los ojos extenuados de Espíndola y Taborga; el rostro sangrante de Olivares; adivinaba el pensamiento de todos; me observaba a mí mismo; bajaba los párpados.

Cuando el oficialillo hubo saciado sus bajos instintos, ordenó que nos vistiésemos, enviándonos a las caballadas para estrujarnos en el acarreo de forraje. Parecíamos guiñapos: sudados, deshechos, débiles...

El acarreo de forraje fue el remate, casi la muerte.

Sentía desacostumbrado frío por la espalda; se me torcían las rodillas como goma. El primero Romeral, que notó mi angustia, no se atrevió a enviarme por el aseo de la bicicleta como la última vez. Había tensión. El teniente Rojas oteaba por las caballadas, en la Bodega de Forraje y por los diversos patios arbolados. Fue implacable; se movía como gata en celo, engrifado.

—¡No valemos un comino, viejo!

—¡Ya pasará esto, chiquillos!

Hubo segundos en que nada vi; se me engarrotaron los dedos; no tenía fuerzas; con saco de avena sobre los hombros caí al suelo; creía morir. El teniente Rojas, por suerte, no husmeaba por ahí. Mas como a nadie le falta Dios en difíciles momentos, alguien me ayudó en ese calamitoso y triste estado. Quien lo hizo no parecía carabineiro; lo miré con detenimiento: era un aspirante a oficial; sonreía a mi lado, sonreía con pena, con rostro humilde.

—Creí que Uds. no podían asistir a la tropa, mi aspirante.

—Los petulantes han creado una aureola de superioridad; esos son los falsos elementos. ¡Yo le ayudaré! ¿Qué hace la oficialidad sin ustedes?

—Gracias, mi aspirante.

Se notaba musculoso, jovial, animado. Las presillas tricolor me bailaron durante breves minutos en mis ojos. No deseaba olvidarle.

Como si fuese paja, el aspirante a oficial tomó el saco de avena y lo condujo a la caballada de tropa. Lo seguí como alcohólico, como si estuviera mareado. Cuando cumplió su humanitaria misión, me cuadré ante él, y le dí las

gracias. El cabo Torres, que se hallaba presente, no movió sus labios.

—No olvidaré este gesto, mi aspirante.  
Me apretó la mano; aquello me reconfortó.

\*

\*

\*

Si a veces se producían ciertos hechos que daban bríos y deseos de proseguir en el aula policial, en otros instantes la sangre se helaba ante el orgullo y el desprecio humanos.

En tarde de recreo, pasé cerca del Escuadrón de Aspirantes a Oficiales; más bien por las proximidades de la caballada de esa Unidad de instrucción. ¿Por qué me había aventurado por esos lados? No recuerdo.

Era hora de paz. Los aspirantes conversaban, reían, discutían, accionaban. Quizás, inconscientemente, anhelaba entablar amistad con mi salvador amigo. No sé; no preciso nada. De pronto, me fijé en un aspirante bien hecho, un poco rubio, de rostro bonachón.

“Es él” —me dije.

Al tomar contacto de vista, cambió su facción; se molestó.

“Qué no es Castro”. “¿Qué no me senté en la misma banca en el plantel “amunateguino”?”

Me creí dichoso. Soné con el pasado. ¡No me hallaba solo! Me forjé ilusiones. Después les contaría a mis compañeros de curso que tenía nada menos que un ex-camara de liceo en el Escuadrón de Aspirantes a Oficiales. Experimenté raras sensaciones; estímulos nuevos. Se me

cubrió la cabeza de luces. Ahora sí le recordaba bien; le decíamos: "La Bataclana". Cuando algún determinado maestro le sacaba al pizarrón, se balanceaba; aquella originalidad en el andar dio origen a tan especial apodo. No se sentía ofendido; lo aceptaba, reía.

Divagué por muchos caminos; le ví en el gimnasio cerrado del liceo, en la cancha de basket-ball de la Avenida Portales, jugando fútbol en el viejo Estadio Colo-Colo, practicando atletismo en los prados de la Escuela Militar; acaso experimentado en el Gabinete de Física y Química o en el taller de Trabajos Manuales con su breve delantal blanco. ¡Era perfecto en lo físico y muy aplicado! ¡Le admiraba! Siempre sonreía. ¿Tendría problemas hogareños, asuntos sociales o económicos? No se advertían. ¿Cómo llegó a la Escuela de Carabineros? Lo ignoraba. Al egresar del quinto año de humanidades para trabajar y terminar mis estudios de segunda enseñanza en el Liceo Nocturno Presidente Balmaceda, él proseguía en el Liceo Amunátegui. Yo me iniciaba en la vida. Tal vez él, de mejor situación económica, tenía un horizonte, una meta, un objetivo. Pude haber pensado tantas cosas respecto a este ex-compañero de banca. ¿Qué objeto tenía?

Me adelanté; ahí estuvo mi error; le salí al paso en la Caballada de Aspirantes a Oficiales. Sé que me había visto; presentí todo eso. ¿Por qué huía? ¿Por qué me rehuía?

—¿Qué no eres tú Castro del Liceo Amunátegui?

—Ahora es distinto, carabinero. Me perjudica hablar con la tropa. Puede sorprenderme el brigadier Hormazábal, Jefe de Curso.

—Está bien, Castro. ¡Quería saber algo de ti, de tu familia, de tu hermanita!

—Adiós, carabinero Escudero.

Mencionó mi apellido; se retrataba.

No recuerdo cómo retorné al Escuadrón de Aplicación; alguna gota de sudor probablemente se haya confundido con una estúpida lágrima.

patios estaban atiborrados de carabineros armados. ¿Qué semejaba eso?

—Trescientos carabineros de la Escuela se trasladarán en forma instantánea al centro de la ciudad! ¡La rosca continúa!...

En teniente Rojas, con revólveres Colt Special, calibre 38, al cinto, con fornituras completas, ladró al primero Romeral y Cabo Torres.

—¿Está lista la gente, primero?

—¡Se les repartió armas, pero no han recibido instrucción con carabina, mi teniente.

—¡No importa; la situación es delicadísima; muchos carabineros están cayendo masacrados por los insurrectos; los nazistas están armados hasta los dientes!

¿Sería así? No tenía tiempo para devanar mis sesos; no podía reciocinar.

El capitán Morgado, Comandante del Escuadrón de Aplicación, asistido por el subteniente Vicente Horta, profesor de Equitación, ordenó colocar hileras de ametralladoras Maxins y Hotckins con frente al Regimiento de Telecomunicaciones; no había confianza entre Carabineros y Fuerzas Armadas. ¿Qué podía hacer Carabineros contra el Ejército? Casi sonreí. Quizás si el Regimiento vecino también había dispuesto la ubicación de armamento ligero o artillería pesada. Los Oficios Varios se les dio la misión de vigilar a los **milicos**. Grupos de ellos, fueron apostados en lugares claves, **camuflados**; algunos sargentos desempeñaban los puestos de comandantes de pareja. Por otro lado, notábase inusitado movimiento. ¿Qué pasaría?

—¡El Curso de Suboficiales de Aplicación al centro!